

# LAS REPÚBLICAS ITALIANAS EN LA ÉPOCA DEL RENACIMIENTO<sup>(1)</sup>

## FORMAS POLÍTICAS Y SOCIALES

### I

#### RENACIMIENTO EN ITALIA

El Renacimiento es el resurgimiento del paganismo manifestado en las artes y en las letras. Un gran gusto artístico y literario manifiéstase en la generación de esa época, que hace que en las cortes los señores agrupen a su alrededor a los artistas más notables con el propósito de deleitar sus inclinaciones intelectuales. Donde con mayor vigor se desarrolla esta tendencia intelectual elevada, es en Italia. El temperamento italiano es propicio a las manifestaciones artísticas y así se explica por qué los grandes mecenas fueron señores que gobernaban en los Estados italianos. Todo artista que necesitaba apoyo recurría a estos Mecenas, los cuales lo acogían gustoso y le proporcionaban los elementos necesarios para que pudiese desenvolver sus aptitudes.

El Renacimiento, no solamente nos presenta un movi-

(1) Al ocuparnos en esta exposición de los estados italianos en la época del Renacimiento, no nos detenemos a analizar en especial el gobierno de Florencia, debido a que este punto será convenientemente tratado en el subtema que tiene por rubro « Florencia y los Médicis ». Por otra parte, la importancia de ese asunto hace que merezca un estudio y desarrollo que la falta material de tiempo nos ha impedido realizar.

miento literario y artístico, sino también un movimiento de transformación social y política. En medio de estos esplendores se observan hechos que parecen no concordar con el progreso intelectual de que hemos hablado; el pueblo se corrompe, surgen los tiranos, los vínculos de la familia se debilitan, el hogar doméstico se profana, el poder de la nación se aminora; lo que hace imposible la resistencia a las invasiones extranjeras. Como lo veremos más adelante, al estudiar las invasiones extranjeras en Italia, gran parte de las causas de esas invasiones se debieron a las rivalidades entre los jefes italianos; cada uno de ellos pensaba retirar algún beneficio de estas invasiones o satisfacer alguna venganza personal; pronto, sin embargo, se desengañaron, y los franceses, que fueron tan solicitados y queridos desde lejos, fueron entonces aborrecidos de cerca.

Una de las causas principales de esta transformación operada en el siglo xv en la sociedad italiana, es que las instituciones de la Edad media resultaban atrasadas, insuficientes y hasta dañosas para esta nueva civilización. De allí, pues, que era inevitable una brusca revolución para conformar las instituciones a las necesidades del momento. La Edad media no conoció ese organismo político que más tarde se denominaría «estado»; organismo que reune y coordina al unísono las fuerzas sociales. La sociedad estaba dividida en feudos y comunes, y estos últimos no eran sino asociaciones de gremios, aunque algunos de estos grupos estaduales no presentaban estas últimas características.

Cuando estos comunes se emanciparon, sólo pudieron contar con sus propias fuerzas para mantener su independencia. Trataron de agrandar su territorio y de aumentar sus fuerzas para protegerse de los grandes Estados que se formaban en Europa bajo la forma de monarquías militares. Con este fin, los comunes se reunieron formando grupos

sociales más poderosos; este es el origen de los Estados italianos.

Ahora bien: podría preguntarse por qué estos distintos Estados no formaron uno solo, agrupándose para afianzar mejor su independencia, aumentando su fuerza. Pero es que estos Estados presentan características distintas; había caracteres raciales diferentes en sus poblaciones, a la vez que intereses propios distintos y a veces opuestos.

Ya en los comunes encontramos — examinando su organización interna — vicios inherentes a su forma política; no había gobierno representativo; el gobierno es ejercido por los ciudadanos libres, cuyo número era reducido. Así vemos que en Florencia, en 1494, de una población de noventa mil habitantes, contaba sólo con tres mil doscientos ciudadanos. Cada una de estas ciudades luchaba por su independencia, puesto que cuando una ciudad sometía a otra, los ciudadanos de la vencida no participaban de la vida política. En el orden económico sucedía algo semejante; así cuando Florencia subordinó a Pisa y Venecia a Padua, las maestranzas de la lana y de la seda de las ciudades vencidas se sacrificaron a los intereses de las que pertenecían a las ciudades vencedoras.

Como hemos dicho, el principal propósito de las repúblicas italianas era conservar su independencia; la sumisión de una a otra implicaba la desaparición de la libertad de la sometida.

Por eso es que Guicciardini observaba a Maquiavelo, cuando éste se proponía una gran república italiana, que esa creación sólo hubiese sido en beneficio de una sola ciudad, en detrimento de todas las demás; porque la república sólo concede la libertad a sus propios ciudadanos. Pero Guicciardini debió entender que esa república se formaría por la supremacía de una sobre las demás, adqui-

rida por la conquista. Esto nos explica por qué Maquiavelo veía en la persona de César Borgia la más indicada por su astucia, habilidad y fuerza para realizar esa unidad italiana; no podemos entonces juzgar a Maquiavelo como un individuo execrable por su baja moralidad, por el hecho de admirar a César Borgia; por una parte consideraba a Borgia del punto de vista indicado, y por otra parte, porque los procedimientos utilizados por César Borgia para lograr sus fines eran corrientes en esa época.

No es, pues, de extrañarse que a una república se prefiriese hasta someterse a una monarquía extranjera, porque ésta siempre dejaría una cierta independencia local. El mismo Guicciardini dice que cuando Cosme de Médici ayudó a Francisco Sforza a enseñorearse de Milán, salvó la libertad de toda Italia, que de otro modo hubiera desaparecido bajo el yugo de Venecia, a la cual siempre calificó Maquiavelo como el peor enemigo de la libertad en Italia. En estas condiciones era, pues, imposible hacer de Italia una república; sólo era posible pensar en una confederación o en una monarquía. Pero la primera requiere condiciones políticas y una cultura gubernamental de que carecían por completo los pueblos italianos, y la monarquía tenía en contra de ella el antiguo amor a la libertad.

Debemos considerar, aunque sea brevemente, el estado político general de Europa al comenzar la Edad moderna, ya que la política italiana no puede considerarse como desligada del resto de la política del continente, sino por el contrario íntimamente ligada a ella.

Tres son los poderes en esa época : el papa, el emperador y el rey muy cristiano (*roy très chrestien*).

El *Papa* (Princeps Superior), es el vicario de Jesucristo en su temporalidad; es el rey de los reyes, y su au-

toridad emana de Dios; es el emperador de los hombres. Entre sus funciones tiene la importantísima de ser el guardián de las promesas y de los tratados. Controla la vida internacional, y es a él que se dirigen los reyes para exigir el cumplimiento de los pactos.

En esta época a que nos referimos, no es aún un poder soberano temporal; es una autoridad eminentemente espiritual; no dispone de armas militares, pero en cambio aplica sanciones, como la de la excomunión, aparte de los consejos y censuras. Como ejemplo de esta autoridad internacional que ejerce el Papa, tenemos estos casos: Luis XI en 1471 envía una embajada a Roma rogando a Sixto IV de mantener el juramento por el cual el duque de Guyena se comprometió a no casarse con María de Borgoña; en el juramento hecho en 1477 entre Luis XI y el duque de Bretaña, juraron no hacerlo anular por el Papa. Esto nos demuestra claramente que esta autoridad era reconocida por los reyes temporales. Como ejemplo del empleo de los medios espirituales como sanciones papales, tenemos el caso de 1474 en el cual Luis XI consigue de Sixto IV bulas de excomunión contra el duque de Borgoña; el obispo de Viterbo llevó ocultamente estas bulas a Francia; el duque se apresuró a apelar a Roma, pero el Papa no favoreció su apelación; lo único que podría modificar su voluntad hubiera sido un concilio, pero esta solución era poco practicable; el Papa es quien reúne los concilios y sólo en casos muy raros podían hacerlo los príncipes; así en 1511, Luis XII quiso convocar uno citando el ejemplo del concilio de Constanza, pero se le respondió que no se quería el cisma.

El Papa además cuenta con las siguientes atribuciones: es el jefe del clero, es un árbitro permanente, es un consejo nato en algunos países.

Pero esta autoridad arbitral llega a su fin cuando el Papa adquiere poder temporal; teniendo el Papa sus asuntos que atender, intereses y territorios, se encuentra en iguales condiciones que los otros reyes, y es entonces cuando los príncipes empiezan a tratar a la Santa Sede de igual a igual. Tan debilitada estaba esta función arbitral, que en 1511 el rey de Escocia envía un embajador como mediador entre el Papa por una parte conjuntamente con el rey de Francia y por otra parte el Emperador.

El *Emperador* es el jefe del Santo imperio romano y germánico; era el punto de mira de los que sostenían la monarquía universal. Pero en esta época la autoridad del Emperador había decaído por completo. No representa más la fuerza, es sólo una fórmula de cancillería. La correspondencia es pomposa, inflada; según ella, el Emperador tiene todos los destinos del mundo en sus manos; reina en el universo, es reputado tener la fuerza de los Césares; pero como le falta, esa fuerza no tiene más que vanas pretensiones ridículas, valiéndose de su poder nominal. El Emperador es la víctima de la Edad media. Si bien había decaído grandemente el poder del Emperador, es de hacerse notar la importancia que tuvo su intromisión en Italia, debido a la debilidad proveniente de la división en que se encontraban los Estados italianos. El Emperador tiene todavía algún papel en la política cuando se trata de las investiduras que es de su resorte otorgar. Los tiranos italianos siempre quisieron legitimar el poder usurpado mediante el reconocimiento por parte del Emperador, de su dominio. Esto lo conseguían fácilmente haciendo brillar ante los ojos del Emperador grandes sumas de dinero, que de una u otra manera sacaban de sus tierras, y como los emperadores estaban en un lamentable estado de pobreza,

siempre accedían a esas pretensiones; a tal punto llegaba la pobreza de algunos emperadores, que al emperador Maximiliano se le llamó en Italia «Poco dinero». En cuanto a las armas de que se valía el emperador, era la amenaza, ya que su poder era simplemente nominal.

En resumen: el único vestigio de la potencia imperial es un derecho honorífico que tiene en las ceremonias, pues es el primero de los príncipes cristianos, y en Roma sus embajadores tenían el privilegio de preceder a los de los otros príncipes.

El tercer poder que encontramos en la época que nos ocupa, es el *Rey muy cristiano*; denominación que se le daba al rey de Francia, considerado como el primero de los reyes y como protector de la cristiandad. Este título le daba gran importancia en esa época, y tan es así, que él mismo se desinteresaba del título y poder del Emperador. Las cruzadas afirmaron más aun este título de Rey muy cristiano, sucediendo que en Oriente no se conociese ni al Emperador ni al Papa y todo extranjero era denominado «franc». Carlos VIII se dejó llamar el «brazo derecho de la Iglesia», y si bien Luis XII exalta al soberano pontificado, tomó sin embargo una posición de protector de Roma.

Como lo hemos dicho, en tiempos de la Edad media el Emperador, que era jefe del Santo imperio romano germánico, tenía poder absoluto en Italia, y se vió el caso de un emperador que siendo dueño de tan extensos dominios, prefirió gobernar especialmente a la Sicilia. Hemos también indicado cómo se han debilitado los lazos del Emperador con Italia en la época del Renacimiento, que según Oncken puede situarse desde el siglo XIII al XVI, porque dice este autor que no es fácil fijar con toda exactitud

fechas precisas. El Renacimiento — época de renovación intelectual, artística, política y social — es evidentemente un proceso que no podemos pretender encuadrar dentro de límites estrechos o matemáticos sin caer en seguros errores.

Las comarcas italianas dependían, pues, del Emperador, y vamos ahora a ver cuándo se formaron repúblicas cuáles fueron desde entonces los vínculos que tuvieron con el Emperador.

Muchas ciudades habían consumado trabajosamente la revolución que había de restituirlas la independencia. Su emancipación fué sancionada por la paz de Constanza, a la cual siguió su constitución en repúblicas, enlazadas al imperio sólo por una dependencia nominal. Pero esta paz no creaba derechos nuevos para los Estados ni les devolvía los que habían poseído anteriormente; cada uno de ellos permanecía en la misma condición en que los había sorprendido la guerra, con más o menos privilegios según hubiesen sido arrancados por fuerza, adquiridos o comprados. Podía subsistir aún en cada ciudad libre un conde feudal, un obispo con derechos soberanos, hombres libres independientes de los magistrados del común, siervos fuera de la ley y, por encima de todo, un rey o el fantasma de un emperador.

La supremacía de los emperadores en cuanto a los Estados italianos, se reducía a la percepción de un tributo anual indeterminado; Milán lo fijó en trescientas libras mediante una convención en 1185, aparte de la « parática », la cual fué también determinada en algunos países como el Treviglio que la fijó en seis marcos de plata. También tenía derecho el emperador a la inscripción de su nombre en las monedas y en las actas públicas, pero entre los sucesores de Federico Barbarroja pocos fueron los que pudieron gozar de estos derechos. Los demás se contenta-

ron con un homenaje y juramento de fidelidad, tratando a los Estados italianos como aliados. Así vemos a Enrique VI y Federico II formar alianza con ciertas ciudades eximiéndolas de las obligaciones impuestas por la paz de Constanza. Poco a poco, ora por cesión de los reyes, ora por resistencia de los pueblos, fueron desapareciendo estas obligaciones de los Estados a que el emperador tenía derecho; quedando al final suprimidas todas estas cargas, con excepción del «Fodrum», que era el derecho del emperador de ser alojado y mantenido.

Supieron también las ciudades quitar al emperador el derecho que tenía de confirmar la elección de sus magistrados. Federico, que tenía reservado el derecho de apelación en justicia, delegó a vicarios de las provincias este derecho, para que las causas no fuesen llevadas a Alemania, y de este modo fué más fácil a las ciudades recuperar para sí estos derechos. Muchos de estos magistrados nombrados por el emperador tuvieron que abandonar sus cargos por falta de dinero; Guarnier, conde de Humberg, vicario de Enrique VII, tuvo que abandonar la de Lombardía por esa causa. El mismo motivo determinó a Princivalle de Fiescho, vicario de Rodolfo de Habsburgo, a vender a las ciudades de Toscana las jurisdicciones imperiales. Esto facilitó las pretensiones de los tiranos, pues pidieron estos títulos de vicarios vacantes para consolidar su autoridad en el país que habían usurpado.

Los obispos, que poco antes habían sido señores de ciertas ciudades, conservaban algunos restos de su autoridad, eran poseedores de grandes riquezas — Alejandro III confirmó los bienes y las jurisdicciones del arzobispo de Milán, — sus rentas se calculaban por millones de liras; así la del arzobispado de Milán tenía una renta de diez millones de libras; pertenecían a un tribunal eclesiástico y

representaban un papel principal en los negocios públicos. Las sentencias eran dadas en Milán a nombre del arzobispo, aunque éste no era parte en el juicio.

Toda esta confusa mezcla de derechos traía consigo luchas y rivalidades. En medio de estos conflictos es que se organizan los comunes aisladamente, demostrando su razón adelantada al darse cada uno constituciones propias y variadas. Pero todas ellas tenían puntos de concordancia; la soberanía residía en la Asamblea de los ciudadanos, compuesta por los plebeyos y nobles, convocados al son de trompetas o campanas. Se recorría a la votación para decidir sobre la paz o la guerra; pero como en ciertos casos se requería resolución pronta y exenta de pasiones, es que se formó un pequeño consejo de confianza (Credenza), compuesto por hombres de crédito y buena fe, quienes prestaban juramento de no revelar sus decisiones. Este consejo trataba las cuestiones de hacienda y preparaba los proyectos que habían de ser sometidos a la aprobación de la Asamblea del pueblo.

El respeto que tenían las repúblicas hacia las antiguas magistraturas de Roma, hizo que eligiesen para las primeras funciones del Estado magistrados con el nombre de cónsules, elegidos por el sufragio de los ciudadanos, a administrar justicia, a mandar los ejércitos y a mantener la paz interior. Su número varió según las localidades, pero generalmente eran dos los elegidos. Florencia estando dividida en barrios, tuvo cuatro; cuando lo estuvo en sextarios, tuvo seis; pero siempre hubo uno de esos cónsules que gozaba de mayor consideración que los demás.

Pero pronto surgieron los inconvenientes de confiar a las mismas manos la administración y la justicia; en consecuencia, a unos se les confió los negocios públicos, recibiendo el nombre de grandes cónsules, y a otros se les

encargó de la administración de justicia y se denominaron pequeños cónsules. Sostienen algunos autores que los grandes cónsules eran elegidos entre la nobleza y los pequeños entre la plebe. El nombre de cónsul también era aplicado a otros funcionarios que presidían la marina, los abastos, las artes, los oficios, etc. En 1172 se crearon en Milán ocho cónsules de mercaderes con el encargo de inspeccionar los pesos y medidas, de percibir el importe de las multas impuestas a las contravenciones y promover a la seguridad de los comerciantes. Cada corporación quiso más tarde tener sus cónsules, así como las parroquias y aldeas.

A veces los cónsules eran elegidos en familias enemigas, lo cual entorpecía los negocios y perjudicaba la administración de la justicia. Con el propósito de remediar este inconveniente, fué llamado a Bolonia el florentino Guido Ranieri de Sasso para ejercer el poder de los cónsules del común y presidir a los cónsules encargados de la justicia. Se designó a este nuevo magistrado con el título de «podestá», tomando como ejemplo a los que Federico había instituído como administradores de los comunes por él sometidos.

Esta nueva institución permitió tener la aplicación desinteresada de las leyes y obtener la prontitud en su ejecución. El podestá era por lo general elegido entre los extranjeros o entre los nobles; siendo propuesto a una asamblea pública y elegido a mayoría de votos o bien su nombramiento era confiado a cierto número de notables. Juraba no permanecer en el cargo más de un año; pero más tarde, debido a su mérito o a otras causas, duraba más tiempo en él. Llevaba el podestá para su custodia, dos caballeros, asesores que lo aconsejaban, etc.; todos a expensas del común. Algunas veces administraba justicia por sí solo; en otras ciudades era asistido por los cónsules de justicia,

como en Milán, o por los jueces de colegio, como en Parma; tenía derecho a imponer la pena capital, como lo indica el hecho de llevar ante sí un espada desnuda.

Para que el podestá no abusara de tan grande autoridad, se limitó la duración de las funciones a seis y a veces a tres meses; no podía contraer matrimonio en la ciudad, ni comer en casa de ningún ciudadano. Llegado el término de su período no podía ausentarse hasta tanto no se examinasen las querellas suscitadas contra él. Si salía de sus funciones con honra, recibía del común en señal de estimación algún obsequio. Pero este exceso de precauciones había sido tomado por gente sin experiencia, pues la corta duración de su oficio lo hacía de muy poco provecho. En los juicios sobre maleficios y herejías era donde más se manifestaba la autoridad arbitral del podestá al secundar las pasiones sin más freno que la voz de su conciencia. En tiempo de revolución tenía el podestá poderes de dictador; podía entonces castigar sin proceso a los del partido adverso.

Debido a los inconvenientes que resultaban de esas magistraturas, algunos Estados cambiaban su organización para volver a la forma primera; así, pues, el primer podestá de Milán fué Humberto Visconti; al año siguiente volvió al consulado; en 1191 estableció nuevamente un podestá, número que elevó a tres en 1201, a cinco en 1202 y redujo nuevamente a tres en 1204. El pueblo también, no hallándose bastante protegido, elegía un capitán extranjero con la misión de asistir a la plebe en particular. Nombrábase otras veces un capitán de guerra que tenía el poder junto con los cónsules y el podestá, y que tenía en sus manos el poder y fuerza de la república. Igual cambio sucedía en los funcionarios administrativos.

Todas estas formas que acabamos de describir son las

formas que tomaron la mayoría de las repúblicas después de los acontecimientos narrados. Es necesario tenerlas presentes al iniciar el estudio de los distintos Estados italianos en la época de los siglos XIII, XIV y XV, que juntamente con el principio del XVI, son los que debemos estudiar, al considerar a Maquiavelo. Debemos tenerlos presentes porque en gran parte subsistieron en algunas ciudades más que en otras — es cierto — pero de todos modos los italianos del Renacimiento siempre recordaron esas formas populares aun cuando virtualmente quedasen reducidas a un simulacro de soberanía popular. La fuerza de estas instituciones varió según los Estados italianos, y hasta podemos decir que también varió en la evolución de un mismo Estado. Nos referimos al decir esto a Milán, por ejemplo, donde después de la extinción de la familia Visconti, se restablecieron estas formas por un breve tiempo, período que en Milán se conoce con el nombre de « república ambrosiana » y que consideraremos más detalladamente al estudiar la evolución milanesa. Hay también que tener en cuenta que no todos los Estados italianos tuvieron la misma forma de gobierno durante el Renacimiento. En Milán reinó un poder unipersonal absoluto, especialmente cuando el poder lo detuvo Ludovico el Moro; en Nápoles, bajo el reinado de la casa de Aragón, era muy acentuado el régimen feudal; en Venecia raramente hubo un poder como en Milán, el Senado fué quien dirigió al engrandecimiento a esa ciudad; en Roma, por fin, bajo Alejandro VI no se puede hablar de ninguna manera de soberanía popular, y en Florencia había un absoluto predominio de los Médicis.

En las ciudades de Italia se suscitaron disensiones debido a la distinción de los partidos en güelfos y gibelinos.

Partidos que habían tenido su origen en Alemania, de donde pasaron a Italia, designando las opiniones rivales que hacía tiempo se agitaban. Tanto los güelfos como los gibelinos amaban el Estado del imperio y favorecían al emperador y a sus parciales, según dice Villani. En los güelfos predominaba la idea de vengarse de la casa de Suabia y de ver a los comunes desligados de todo vínculo extranjero. Muy por el contrario, los gibelinos creían que esta pretensión de las ciudades de conservar su libertad sin depender de ningún poder superior no haría más que llevar a la discordia, aniquilando a los italianos. Como vemos, los primeros querían que Italia se organizase en diferentes gobiernos a su antojo; los otros aspiraban a la unidad con el propósito de hacerla más fuerte por dentro y por fuera.

Si consideramos los males que causaron los emperadores a Italia, si pensamos en que las ciudades más generosas, como Milán y Florencia, fueron siempre las ciudadelas del partido güelfo, y el último asilo de la libertad italiana—al paso que todos los que querían erigirse en tiranos de su país enarbocaban la bandera gibelina — parecería que debía preferirse el triunfo de los güelfos y que las ciudades hubieran podido organizarse en república bajo la protección del pontífice, quien las dirigía con sus consejos y las protegía de los extranjeros con sus armas espirituales.

Los que abrazaron las ideas gibelinas con más ardor fueron: o gentes a sueldo de los emperadores, jurisconsultos enamorados de la antigüedad o apasionados como Dante, quien desterrado de una ciudad güelfa se adhirió al partido contrario.

Los güelfos, soñando con la teocracia, dejáronse arrastrar por su imaginación; personas honradas y espíritus utopistas formaron este partido. Los gibelinos se manifes-

taron menos filántropos y más prácticos, recordando que la sociedad está hecha para los hombres. El espíritu democrático de los güelfos los inclinaba al desorden y a la arrogancia individual, en tanto que los gibelinos, animados por un pensamiento organizador, los inclinaban a la fuerza y a la tiranía.

Los señores que habían perdido sus derechos no veían otro medio de recobrarlos que haciéndose gibelinos, apoyando al emperador y, sosteniendo sus pretensiones, excitábanlo a que bajase a Italia, y así se les vió favorecer a los herejes en oposición al Papa; prefiriendo depender del emperador que de la clase media compuesta de monjes o villanos ennoblccidos.

Tenían los papas gran influencia en toda la baja Italia y también en las comarcas superiores, donde la casa de Suabia les había hecho muchos enemigos; ejercían este poder por medio del clero. El emperador no ejercía acción sobre las repúblicas sino por la fuerza de las armas; en cambio el Papa, como hemos visto, tenía una más poderosa arma, que era la persuasión, y los güelfos abrazaban algunas veces una causa, no porque fuese justa, sino porque había sido adoptada por el pontífice.

Como desgraciadamente lo sabe la Italia, consiguieron la victoria los gibelinos.

No puede, sin embargo, admitirse que estos nombres de güelfos y gibelinos fuesen simples nombres de partidos, pues cada uno de ellos tenía su organización y elegía sus jefes. Los tratados se hacían en nombre de la república que estipulaba y de la facción a que pertenecía. Los nombres de güelfos y gibelinos acabaron por ser denominaciones vanas y sin objeto; todas las ciudades fueron presas de guerras privadas, destrozándose recíprocamente hasta que los Estados italianos obtuvieron el castigo que reciben

los insensatos, y que es la servidumbre común. De este modo se formaron en las ciudades partidos nacidos de las rivalidades y ambiciones de las familias principales, y se afiliaban a una bandera sin otro motivo que la presencia de los contrarios afiliados a otra bandera, y así se distinguieron los gibelinos de los güelfos por signos exteriores; en Milán el color de los güelfos era blanco y el de los gibelinos, rojo; en Valtellina, los güelfos llevaban plumas blancas y una flor en la sien derecha, y los gibelinos plumas rojas y una flor en la sien izquierda. Esto produjo conspiraciones secretas, disturbios en las familias, debido a que sus miembros eran afiliados a distintos bandos; los vencedores en las barricadas se dirigían al templo a agradecer a Dios, pero al salir de él nuevamente eran derrotados por los del partido contrario. A veces se juraban conservar la paz por varios años; en 1282 los milaneses juraron una paz por cien años que no duró más de un mes. Casi a diario los ciudadanos se entregaban a luchas en varios puntos de la villa; luchaban encarnizadamente, y el día siguiente comían y bebían junto con los enemigos, refiriendo las hazañas de cada uno en la batalla.

Nunca hubo completa seguridad, pues las constituciones se hacían para satisfacer al partido triunfante, quedando siempre un partido descontento que promovía los disturbios y las revoluciones. Toda la Italia ofrecía un espectáculo de continua lucha, algunas veces por motivos insignificantes. Un cardenal romano, oyendo hacer un elogio de un perro suyo al embajador de Florencia, promete regalárselo; llega el embajador de Pisa, al cual hace la misma promesa. De aquí una discordia y una guerra encarnizada entre ambos Estados. Un robo de un candado hizo estallar entre Aughieri y Borgo San Sepulcro una lucha

que enrojeció las aguas del Tíber. De ejemplos como estos encontramos plagada la historia de Italia de esa época.

Nos toca ahora considerar la forma en que se desarrollaban estos episodios guerreros y, dentro de estos conceptos, el hecho más característico del renacimiento en Italia : los *condottieri*.

Después veremos las características que ofrecen los tiranos.

Sin querer anticiparnos a lo que más adelante diremos acerca del impulso que dió el Renacimiento a la individualidad humana, admitiremos para comprender mejor el carácter de los *condottieri*, que el surgimiento de estos personajes está en concordancia con las tendencias del humanismo a dar un valor siempre mayor al individuo.

El origen de la *condotta*, debe buscarse en los guerrilleros extranjeros y mercenarios que se habían introducido en Italia. Los comunes se habían armado en primer lugar para defender su independencia y siguieron empuñando las armas para defenderla. En los países en los cuales el poder estaba en manos de un rey, este rey tomaba sus hombres de la masa del común y los barones que estaban siempre en lucha con los comunes tuvieron que recurrir a soldados mercenarios, lo cual les convenía por dos razones: en primer lugar para dejar a los ciudadanos en libertad para desenvolver sus actividades y en segundo lugar para que estos mismos ciudadanos no se diesen cuenta de sus propias fuerzas. Los suizos fueron los que proporcionaron mayor número de mercenarios. Estos montañeses se ofrecían a quien mejor pagaba, y bastaba el más mínimo retraso en el pago de sus sueldos o la imposibilidad de un saqueo para que inmediatamente abandonasen al que los había contratado. De ésto resultaba que a veces fuesen más peligrosos que los

mismos enemigos, cosa que le ocurrió a Carlos VIII en su retirada de Italia y a Ludovico el Moro cuando tuvo que hacer frente a Luis XII.

En Italia fué muy generalizado el empleo de mercenarios. Los ciudadanos que se habían armado contra el primer Federico para conquistar su independencia, contra el segundo para mantenerla, ningún entusiasmo tuvieron en permanecer armados cuando las luchas se hicieron por cuestiones de partido o por capricho de los tiranos.

Los Señores los libraron de este deber, mediante un tributo con el cual podían ellos adquirir mercenarios. Las primeras bandas famosas que actuaron en Italia fueron extranjeros y habían sido introducidas por distintos príncipes entre los cuales podemos citar a Federico de Austria, el Rey de Bohemia y Enrique VII. Cuando estos príncipes abandonaron sus designios en Italia o desaparecieron del escenario político, estas bandas que habían encontrado un campo fértil en la exuberante Italia para sus tristes hazañas quedaron a disposición de los señores italianos. Entre estas bandas había algunas verdaderamente organizadas para el pillaje y la más famosa, que citan los historiadores, era la de un hospitalario llamado Fray Moriale que se había introducido en Italia durante las guerras de Luis de Hungría. Estas bandas tenían una verdadera organización republicana, había normas fijadas para el reparto del botín, normas para hacer justicia a los soldados, el jefe tenía un consejo, secretario, etc. Esta banda consiguió enormes beneficios porque la sola noticia de su proximidad hacía que los estados pagasen crecidas sumas para evitarse su visita. Terminó esta banda por ser derrotada y su jefe, que era el conde de Lando, fué muerto en Novara.

Anteriormente, el primer organizador había sido decapitado por Nicolás Rienzi. Cuando en 1353 el jefe de esta

banda, conde Lando, fué muerto le sucedió su hermano, y consiguió apoderarse de Reggio que después vendió a Bernabé Visconti.

Otras bandas vinieron después a Italia y entre ellas se distinguió la Compañía Blanca mandada por el inglés Juan Hawkwood (Acuto), que combatió durante treinta años en Italia e introdujo varias mejoras en el arte de la guerra.

Imitando este ejemplo, los italianos también formaron una compañía que se llamó la Compañía de San Jorge, constituida por Alberico de Barbiano, Señor de Boloña, que obtuvo una victoria sobre los extranjeros en la batalla de San Marino, hecho por el cual el Papa le dió una insignia en la cual se leía « *Italia libertada de los bárbaros* »; fué de esta banda que surgieron los mejores condottieri italianos que más tarde veremos actuar, entre ellos Facino Cane, Bracco de Montone y Atténdolo Sforza.

Las bandas italianas pueden considerarse como teniendo más organización que las extranjeras, no sólo porque los jefes introducían en ellas sus parientes y deudos, sino porque supieron inspirar a sus soldados la fidelidad a una bandera, el respeto a los jefes, la esperanza de sólidas conquistas y la reputación de la banda. Cada jefe tenía su táctica particular de combatir; Alberico de Barbiano mejoró las armaduras, Bracco de Montone dividía sus tropas en contingentes con sus respectivos jefes a la cabeza lo que le permitía maniobrar más fácilmente y adquirir mucha movilidad; Sforza, en cambio, utilizaba sus soldados en un solo grupo, adquiriendo de esta manera la fuerza que perdía en movilidad.

Ya dijimos que estos *condottieri* se entregaban al servicio de quien mejor los pagaba o más botín le prometían, y es por esto que durante tanto tiempo estuvieron devastando la Italia, sirviendo los bajos intereses de los Señores, y tam-

bién tratando de conseguir sus propias ambiciones, que muchas veces eran rencores personales, o la ambición de adquirir el poder en algún estado, tal como Francisco Sforza.

Se comprende fácilmente que estos mercenarios no peleasen con ardor ninguno, ya que mañana podían pasar al servicio de quien hoy combatían, y por otra parte, no tenían interés en destrozar al enemigo. Lo principal para ellos era hacer prisioneros para después reanudar la lucha de tal suerte que nunca se acababa, y de cuidar de no dar muerte a los caballos porque era difícil encontrar buenos animales. Referiremos una anécdota de Corio, citada en la obra de Cantú, para que se tenga una idea de la manera cómo se trataban los adversarios mercenarios. Un día Francisco Piccinino se introdujo de improviso en medio de los enemigos « inmediatamente que le reconocieron, tiraron sus armas y le saludaron respetuosamente, descubriendose la cabeza. Todo el que se hallaba cerca de su persona le tocaba respetuosamente la mano porque le reputaba padre de la milicia y de su más hermoso ornamento ».

Se comprenderá entonces que las batallas se reducían a marchas y contramarchas y a empellones y que una riña de taberna fuese mucho más peligrosa que una acción campal, y tampoco nos extrañaremos de que toda Italia considerase como un horroroso masacre la batalla de Rappallo en la cual perecieron cien combatientes. Lo lamentable de estas operaciones es que estas tropas saqueaban las ciudades que ocupaban.

Debemos hacer una salvedad con respecto a todos los individuos que combatían en Italia, pues si bien es cierto que estas características eran propias de los italianos, no lo eran de los extranjeros, así los suizos que nunca retrocedían y morían antes que querer huir, también los franceses de Carlos VIII peleaban para matar, lo que asombró a los

italianos, y los españoles tenían esta última característica, acompañada de un gran valor y audacia.

Los españoles siempre se creyeron superiores a los italianos, no sólo en los asuntos guerreros, sino también en lides de amor, etc. Campano, que ha redactado la historia de Braccio de Montone, nos dice que cuando Alfonso de Aragón vino en 1420 a Nápoles y se encontró con la milicia italiana mandada por ese *condottieri*, entre él y el rey, y entre los capitanes italianos y españoles se suscitó la cuestión de los méritos de las respectivas milicias. Los españoles argüían su superioridad alegando su valor, su ferocidad y los pocos prisioneros que hacían, porque mataban en vez de guerrear deficientemente, como lo reprochaban a los italianos. Braccio les contestaba que el arte de la guerra no consiste en arrojarse imprudentemente haciendo gala de gran valor, sino en el espíritu que permitía vencer con menor número y sin exponerse inútilmente a ser matados. La discusión fué resuelta por la opinión del rey que todos aceptaron y que decía : « que los italianos sobresalían por su arte y los demás por su número ; los españoles y los franceses peleaban con el ímpetu feroz del ánimo, y los italianos no con la ira precipitada, sino con el consejo prudente ».

El *condottieri* es, pues, un personaje de primera fila en Italia en la época del Renacimiento. Es un personaje temido y buscado por los tiranos ambiciosos. Temido porque siempre estaban prontos para usurpar el poder del tirano, y solicitados porque únicamente con su apoyo podía conquistarse dominios para engrandecer los propios. Como ya lo dijimos, el *condottiere* tiene gran responsabilidad en las guerrillas que continuamente se produjeron en Italia y no era posible que se estableciera un poder firme y estable mientras las armas estuviesen en manos de estos individuos que generalmente eran de pésima moralidad, que recurrián

a todos los medios para satisfacer sus lucros y deseos y que nunca retrocedían ante la traición para conseguir su objeto.

César Borgia y Maquiavelo vieron claramente este inconveniente para la unidad taliana que ellos soñaban y por eso quisieron que los estados tuvieran sus ejércitos propios sin tener que recurrir a los mercenarios, y Borgia y Maquiavelo trataron de organizar estos ejércitos el uno para la Romaña y el otro para Florencia.

El otro personaje de primera fila y característico producto del Renacimiento en Italia es el tirano. Este tirano del Renacimiento no reina ya como en tiempos pasados, en la Edad media, por delegación divina, pacto feudal o sucesión de dinastía; es un hombre nuevo que se ha impuesto sea por violencia o por sorpresa, o también por los servicios que ha rendido a su patria.

El tirano tiene los más variados orígenes; en Florencia los Médicis fueron poderosos banqueros, en Milán los Sforza fueron afortunados guerrilleros que consiguieron a la muerte de Felipe María Visconti apoderarse del poder, en Roma los Papas consiguieron apoderarse del poder temporal, en Nápoles reinó por conquista la casa de Aragón, en Venecia en cambio no hubo tiranía personal, sino que casi siempre los asuntos venecianos fueron mandados por el Senado.

El tirano una vez en el poder, debe mantenerse en él y a tal efecto se vale de todos los medios a su alcance. Nada hay que le haga retroceder, ni asesinatos, ni traiciones. Quiere conseguir un determinado objeto y pone todo su empeño en lograr el éxito, poco le importa que para ello sea necesario violar la palabra dada, u ocasionar traidoramente la muerte de un rival, lo principal es llegar al fin alcanza-

do. Y diremos de paso — aunque más adelante expondremos las ideas sociales y éticas dominantes en la época del Renacimiento en Italia — que todos encontraban muy natural esta forma de proceder, se admira en Italia no al individuo honesto que retrocede ante lo que nosotros llamamos una mala acción, para conseguir su propósito, sino que se admira la astucia de aquel que por todos los medios ha logrado convertir en realidad sus ideas. Por eso se ha dicho que la figura de Yago en la obra de Otello, de Shakespeare, figura que para nosotros es el símbolo más repugnante de la hipocresía y de la maldad, es para los italianos del Renacimiento la verdadera personificación del hombre hábil, que era el ideal de entonces. A nosotros — que juzgamos con un criterio completamente distinto esos hechos — nos parece que ese individuo que consigue engañar al Moro y hacer que enceguecido por los celos, mate, ahogando con una almohada, a su inocente Desdémona, debe haber sido una personificación del mal y es indudable que como tal ha querido presentarlo Shakespeare, pero para el que ha estudiado las costumbres y las formas sociales de Italia durante esa época de renovación, está fuera de cualquier duda, que ese es el personaje que habrían aplaudido los italianos y que en cambio el pobre Moro, que nosotros compadecemos por el engaño de que es víctima, hubiera sido también compadecido, pero únicamente porque se le habría considerado como un individuo corto de espíritu que, menos hábil que su contrincante, no alcanza a darse cuenta de que es burlado hábilmente por él.

Las causas de cómo se llegó a ese espíritu lo explicaremos al tratar de la moralidad de las sociedades de las repúblicas italianas en el Renacimiento; por el momento nos basta saber para comprender el por qué de esa actitud de los tiranos y también por qué no eran repudiados por el pueblo,

que siendo esos los procedimientos habituales de cada uno, el jefe, que en general, no es más que un individuo de carácter fuerte y que consigue dominar a sus súbditos por su influencia, no sólo física, sino también moral e intelectual, no tiene, ni puede diferenciarse de ellos. Concebimos al tirano como una personalidad de espíritu superior, no queremos decir con ésto que sea superior en la instrucción por ejemplo, o las artes, sino que esa superioridad se manifiesta en su voluntad, en su temple, en su astucia, en su comprensión de los espíritus de sus adversarios y amigos, en una palabra, esa superioridad es la superioridad que se requiere para mantenerse en el poder, sea éste legítimo o usurpado, y para engrandecer sus dominios. Y basta examinar para confirmar lo que dijimos, algunas de las figuras descollantes del escenario político de ese entonces. ¡No es acaso Ludovico el Moro una personificación de la astucia para lograr sus fines! ¡No es también Francisco Sforza un condottiere admirado por su valor y su sagacidad! ¡No es Borgia la encarnación de una voluntad inquebrantable, dirigida a la consecución de la adquisición de un poder!

Y bastaría esto para demostrar el error enorme y desconocimiento del espíritu italiano del Renacimiento, de aquellos que juzgando a un César Borgia o a un Maquiavelo, nos lo quieren hacer aparecer como monumentos de inmortalidad y de bajeza. Cómo vamos, en efecto, a pretender juzgar un individuo fuera de su época; hacer eso, es hacer una obra tan inútil como falsa. El hombre es ante todo el reflejo de la sociedad, si la sociedad tiene ciertas ideas sobre la moralidad, infaliblemente la mayoría de los hombres pertenecerán a esa moralidad y si esa moralidad está en contradicción con la moralidad nuestra, no juzguemos los seres que en aquélla actuaron con el criterio de la nuestra para simbolizarlos como maldades vivientes. ¡Qué reprochan cier-

tos autores a Maquiavelo? Dicen que sus obras y sus actos revelan una perversión profunda y una inmoralidad imborrable. ¿Pero con qué criterio han juzgado a Maquiavelo esos autores? Con un criterio propio de la moral del siglo XX; pero si hubiesen considerado a esos personajes dentro de su época, hubieran visto que las ideas y los actos de ellos están en perfecta concordancia con los sentimientos de la mayoría, de modo que ellos no son inmorales. Nosotros hasta diríamos que eran honestos, a pesar de que ésto pueda parecer una contradicción y una enormidad. Y si decimos ésto, no es por afán de querer reivindicar a esos personajes, sino porque creemos que dentro de los modernos conceptos sobre estos tópicos cabe perfectamente la opinión jue hemos emitido. Ser honesto, ¿qué significa? Ser honesto significa ser adaptado a las ideas predominantes que reinan en la sociedad, el individuo honesto es aquel que se adapta a las normas sociales cualesquiera sean éstas. Toda sociedad tiene su modo de vivir y de pensar en cada etapa de su evolución, y consideramos honestos a aquel que no actúa en contradicción con esas normas sociales. Y bien los italianos del Renacimiento consideraban como lícito y hasta de un deber porque demostraban así que no eran inferiores a los más hábiles, actuar en la forma descrita, es decir, obrar con cualquier medio para alcanzar la meta propuesta; esa era la fórmula de ellos; de desenvolverse en su lucha por la vida; ¿diferenciábanse César Borgia y Maquiavelo de sus conciudadanos? De ninguna manera. Bien al contrario, ellos no fueron sino un exponente más sobresaliente de esos medios de luchar. De modo que a nuestro juicio no fueron inmorales — lo son si los consideramos basados en las actuales ideas — porque su conducta era adaptada a la de todos.

Y diremos algo más aun para justificar nuestro pensamiento. Si nosotros consideramos a la costumbre de los

espartanos de suprimir los niños que nacen débiles o deformes, también tendríamos que decir que fué una gran inmoralidad. Y sin embargo, no lo decimos; consideramos esas costumbres como una forma de civilización no evolucionada, y con eso resolvemos la cuestión; y lo mismo pasa si consideramos poblaciones de razas menos adelantadas que la blanca. Pero lo que choca con lo que afirmamos es que a la par de esta gran «inmoralidad», vemos un surgimiento esplendoroso de las artes, de las letras y de las ciencias, y entonces parece más grande aún la contradicción. Seguimos admirando las obras de Rafael y de Leonardo da Vinci, y sin embargo no queremos admitir que los hombres que han actuado con esos artistas sean morales. Sin embargo, es indudable que esos artistas han debido su genio a las ideas reinantes. Ellos no fueron excepcionales a las reglas sociales del Renacimiento; recordemos a Cellini, que según dice Burckhardt, estaba más emocionado por el rapto de su mula que por los asesinatos. Recordemos a Aretino, que de todos modos es un gran literato, y no olvidemos que Aretino había nacido en un hospital, de una prostituta; que sus hermanos tenían una casa de prostitución y que al estar por morir se hizo administrar los óleos por esas personas. No olvidemos tampoco que todos los tiranos fueron protectores de las letras y de las artes, y veremos entonces que no es posible establecer una contradicción entre la gloria artística del Renacimiento y su moralidad.

Nótese, por otra parte, que no queremos hacer aparecer a estas personas como monumentos de virtud, ni erigir los medios que emplearon en reglas de conducta permanentes; porque aunque sea cierto que el Renacimiento en Italia se distinguió por esta gran corrupción, hubo personas virtuosas que quedaron dentro de la virtud y buena conducta.

Lo que decimos es que para juzgar a los italianos célebres del Renacimiento es necesario relacionarlos con su época. Esta era una época de corrupción y desorden social, y un individuo que se haya desenvuelto políticamente en esos momentos, estaba obligado a adaptarse a esas ideas si no quería ir a un fracaso seguro. Así, entonces, antes de decir que han sido inmorales en sus procedimientos, es necesario examinar si podían haber conseguido el éxito prescindiendo de esa inmoralidad. Y es evidente que, prescindiendo de ella, hubieran fracasado. Refiriéndonos ahora en particular a Maquiavelo, ¿era o no realmente inmoral y un bajo cortesano que sólo buscaba su comodidad como se ha pretendido? Si admitimos el criterio de los modernos autores que de él han tratado, es inmoral y sólo un ser servil. ¿Pero cómo explicar entonces esta actitud de Maquiavelo que vamos a relatar? A cual de las dos : ¡A sus procedimientos diplomáticos privados, o a esta actitud tomaremos como base para establecer definitivamente su carácter? He aquí el hecho : Debiendo León X elegir para su política entre Francia, España y el Imperio, consultó a Maquiavelo sobre ello. Su idea era una política con España y el Imperio en contra de Francia y Venecia. Consultado Maquiavelo por intermedio del embajador florentino en Roma, Vettori, dijo que la política del papado debía ser con Francia y Venecia. Varias veces se le consultó y siempre dijo lo mismo. Hubiera bastado una palabra suya para entrar de ministro del Papa — estaba en la pobreza por la falta de apoyo de los Médicis — pero Maquiavelo no cambió de opinión y prefirió pasar una vida menesterosa en una estancia de San Casciano, antes que vender o traicionar sus ideas de hombre de Estado. Fué en esa época que compuso sus más famosas obras.

Se ve, pues, por esta actitud, que Maquiavelo no es el



ser servil que la mayoría de los autores que se han referido a él nos lo pintan.

Esta desviación del tema que veníamos tratando — los tiranos — es necesaria para comprender su actividad. El tirano italiano tuvo sus caracteres propios. Al fundarse las distintas repúblicas organizadas en forma democrática, se sienten débiles; surge entonces la figura fuerte, que es el tirano, y de ahí que a este tirano no le baste su valor personal. Constantemente su poder está acechado por la envidia de los demás tiranos o por los *condottieri* ambiciosos y usurpadores o por los avances de conquistas de los emperadores o reyes. Esta constante movilidad de las opiniones, estos designios de ambiciones nunca sofrenadas, forzosamente han llevado a los tiranos a conducirse de una manera particular. Estaban obligados a enterarse de los designios y preparativos de todos sus vecinos, descubrir sus menores pensamientos para tomar a tiempo las providencias necesarias; todo esto ha hecho que los tiranos fueran de una diplomacia refinada, cuando no personalmente, por medio de individuos capaces de esas funciones. Las cortes de los príncipes y del Papa, siempre estaban ocupadas en intrigas e incidentes diplomáticos. Estos diplomáticos no retroceden ante nada con tal de llevar bien resuelto su misión. Regalos, presentes, alabanzas, espionajes, soborno de servidumbres, etc.; todo les era bueno. De ahí, pues, que en parte nos podamos explicar la afición que a las letras, o por lo menos a protegerlas, hayan tenido los tiranos; ya que les era necesaria una gran cultura para desempeñarse diplomáticamente con los más selectos artistas, que muchas veces eran los encargados de averiguar las cuestiones de Estado.

Cada república tenía sus características propias en la diplomacia, y se hacía honor de demostrar su mayor ha-

bilidad en esa materia. Los venecianos se distinguían por el sentido práctico y la observación de los hechos; los florentinos por su elegancia en el hablar y su gran conocimiento de los caracteres humanos. Florencia tenía muy bien organizada su diplomacia; desde tiempos largos tenía un estatuto sobre la diplomacia, en el cual se reglaban minuciosamente todos los detalles: modo de formación de las embajadas, de los legados, caminos a seguir, remuneración, etc.

De ahí, pues, que el arte de escribir y hablar bien, haya tenido tanta influencia en esas cortes italianas.

Tócanos hablar ahora del punto más interesante de nuestro tema. De las formas sociales, éticas y culturales del Renacimiento en las repúblicas italianas. Habrá, pues, que considerar en primer lugar lo que es exactamente el Renacimiento; después, cómo se ha manifestado, a qué formas ha dado lugar y, en fin, a su repercusión en la moralidad y la sociedad de las repúblicas italianas.

El paso de la Edad media al tiempo moderno se hizo lenta y gradualmente. Ningún cambio fundamental de la idiosincrasia de todo un pueblo y más aun de varios pueblos se ha producido bruscamente en la historia. El imperio romano, con toda su gloria militar y artística, no ha pasado bruscamente a la desaparición; sino que la decadencia se produjo paulatina y lentamente, aunque segura. Y lo mismo observamos con el paso de la Edad media a la Edad moderna. Hubo un período de transformación que marca esa traslación, y ese cambio de orientaciones, estas tendencias transformativas se manifestaron con la mayor fuerza en Italia y tuvieron después su pleno desarrollo en Italia,

y a esas tendencias espirituales y sociales, siguen o acompañan también una transformación del espíritu religioso, que es la Reforma, a raíz de la cual surge la división religiosa en los países cristianos. El tiempo moderno se le hace iniciar, dentro de los estudios históricos, con la reforma de Lutero del 31 de octubre de 1517. Esas tendencias que hemos mencionado y que marcan el surgimiento de una nueva era histórica, es lo que se conoce con el nombre de Renacimiento; esta época, que empieza en el siglo XIII y concluye, como hemos dicho, a principios del XVI, no puede incluirse ni en la Edad media ni en la Edad moderna; sus características son diferentes de ambos períodos y su nombre mismo de Renacimiento lo indica. También se le aplica el nombre de Humanismo, en el significado de la transformación de la humanidad.

Estas dos denominaciones nos dicen que en esa época los elementos esenciales son los elementos generadores de la civilización, es decir, los hombres, y que en la historia y la política se presta más atención a las teorías políticas y a las nuevas ideas sobre la extensión y la acción del Estado, que a la vida misma de esos estados; a sus transformaciones territoriales y a las luchas de partidos o de hombres que en su seno se producen. Y también significan que las nuevas tendencias son esencialmente humanas y que sin ser hostiles al antiguo poder, sobre las conciencias, la Iglesia se independiza de ella y de sus mandatos.

El Renacimiento desde luego — y más aun en Italia — se nos presenta confusamente por la enorme actividad intelectual, artística y literaria que aparece y por la multiplicidad de las acciones políticas y guerreras. Se complica esta apariencia confusa con divergencia que se produce en los espíritus cristianos por la reforma protestante de Lutero, Calvin, etc.

Hemos indicado que el Renacimiento es una época de transición, y podríamos preguntarnos si estas nuevas formas que vemos son una simple prolongación de ideas y opiniones que se venían madurando ya en la Edad media, o si son una creación que no tiene su antecedente en las épocas históricas que le han precedido, es decir, directamente con la Edad media. Las opiniones de los autores no son uniformes.

La opinión que Menéndez y Pelayo emite al decir que él considera al Renacimiento como un maduramiento de las ideas que existían en la Edad media, es una opinión que bien podríamos calificar de histórica, en el sentido de que no admite que un hecho se pueda producir en la historia sin una elaboración lenta, previa a su aparición, en los tiempos que han precedido al surgimiento y manifestación de ese hecho.

Difícil sería dar un resumen de las palabras de Menéndez y Pelayo sobre este punto, porque la gran erudición y el gran acopio de datos hace imposible un resumen que exprese clara y definitivamente el pensamiento de este gran autor. Reproduciremos, por lo tanto, sus expresiones:

« Yo entiendo el Renacimiento de un modo más amplio; para mí lo que hubo en el siglo XIV no fué más que el remate, el feliz complemento de la obra de reacción contra la barbarie que siguió a las invasiones del pueblo del Norte; para mí la historia de la Edad media no es más que la gran batalla entre la luz cristiana y latina y las tinieblas germánicas. A esta obra, que llamo grande y santa, contribuyeron por igual Casiodoro y Boecio en la corte del rey Teodorico, San Martín Dumiense entre los suevos de Galicia, San Isidoro y sus discípulos entre los visigodos, Alcuino y Teodulfo en la corte de Carlomagno. Lo que estos hombres sabían no era más que una empobrecida re-

liquia, pero reliquia al cabo, de la antigua ciencia profana y sagrada, y, al hacer entrar en el espíritu de los bárbaros algo de la lógica de Aristóteles, de la gramática de Prisciano y Donato, de la moral de Séneca, hacían obra de Renacimiento, como la hacía San Eulogio al llevar a Córdoba, cual solaz para los mozárabes en la horrenda persecución que sobre ellos pesaba, las obras de Virgilio, Horacio y Juvenal. Y obra de Renacimiento hacia el mismo Carlo Magno en su tentativa de Imperio; y a la causa latina servía Gregorio VII al poner su planta sobre la dura cerviz de los emperadores alemanes. Todo el que en medio de la desmembración y desorden de la Edad media tuvo un pensamiento de unidad social o científica, fué precursor del Renacimiento... »

Estas palabras de Menéndez y Pelayo no pueden ser más claras, y con razón dice que tiene del Renacimiento un concepto más amplio que el común acerca del Renacimiento. No considera al Renacimiento como determinada época histórica — en lo que también participamos de su opinión, porque ya lo hemos dicho que es vano querer comprender dentro de precisos marcos una transformación del espíritu — sino que toma el significado de la palabra Renacimiento en el sentido de renovación, de cualquier punto de vista que se le considere, contra la cultura bárbara de los germanos. No estamos ciertamente acostumbrados a tener un concepto tan amplio del Renacimiento; amplitud no sólo en lo referente a los hombres que denominados como pertenecer a la época del Renacimiento, sino también en lo que atañe a las ideas que referimos al Renacimiento.

La mayoría de los autores que nos relatan dicho período histórico no se refieren a tales precursores. Oneken, en su *Renacimiento y Humanismo*, dice que los mayores re-

presentantes de la época del Renacimiento son Dante, Petrarca y Boccaccio, que representan el momento de apogeo y principio del Renacimiento en la literatura en Italia (hemos dicho que Oncken califica a esos autores como los mayores representantes del Renacimiento, se entiende que lo dice sólo con respecto a la literatura, ya que en las artes los genios del Renacimiento son posteriores). Y bien; Oncken no cita para nada a precursores de Dante, Petrarca y Boccaccio, y creemos que no es porque él se refiera especialmente a Italia y que los citados por Menéndez y Pelayo no sean pertenecientes a ese país; no lo creemos, porque también con las ideas del autor español encontrariamos infinidad de personas que habrían hecho obra de Renacimiento; creemos que él no se refiere a tales precursores; en primer lugar porque da al Renacimiento una época muy vasta, siglos XIII al XVI, y en segundo lugar, porque a su juicio no son de importancia esos literatos que con otro criterio se considerarían como artesanos del Renacimiento y precursores del Renacimiento propiamente dicho. En su obra, Oncken recuerda únicamente a dos literatos que dice que pueden considerarse como precursores de Dante: Albertino Mussato y Brunetto Latini.

Hay autores que dicen que el humanismo es la afirmación de que el estudio de las letras antiguas hará a la humanidad más civilizada, más noble y más dichosa, y dicen que esta idea aparece por primera vez en Petrarca.

Sean ciertas unas u otras opiniones, lo cierto es que el Renacimiento se ha manifestado por el cultivo de la antigüedad. No se puede propiamente decir que haya creado algo nuevo en un sentido absoluto, sino más bien que ha tomado la antigüedad, ha erigido un verdadero culto de la antigüedad y la ha considerado como la verdadera manifestación de cultura y la contempló como una constante

inspiración para los actos de la vida intelectual y artística. Y esta admiración y cultivo de la antigüedad se manifestó natural e inevitablemente en la vida y las costumbres de las poblaciones de las repúblicas italianas en el Renacimiento. Y también diremos que el Renacimiento dió un valor personal al individuo, exaltó realmente la personalidad y de ahí que en gran parte podamos explicarnos con estos elementos de la corrupción de Italia en esta época.

La opinión de Jacobo Burckhardt concuerda con la de Menéndez y Pelayo; diremos mejor, que es la opinión de Menéndez y Pelayo que concuerda con la de Burckhardt, ya que este autor tiene una reconocida autoridad en sus estudios sobre el Renacimiento. Dice Burckhardt : « La antigüedad grecolatina que se compenetró tan vivamente en la vida italiana durante el siglo XIV como fuente de la cultura y como fin supremo de la existencia, es en parte una reacción pensada y querida contra las tendencias precedentes; había ya ejercido hacia tiempo su influencia en toda la Edad media, aun fuera de Italia; la cultura, en efecto, que en su tiempo Carlomagno promovió y favorció, era esencialmente un renacimiento frente a la barbarie de los siglos VII y VIII, y en realidad no podía ser otra cosa. Más tarde, en la arquitectura romana de los países septentrionales, vemos adoptar formas especiales y netamente antiguas, y en los conventos vemos acumular un tesoro de materiales literarios de escritores latinos, imitar su estilo, siguiendo a Eginardo ».

Explica a continuación la característica que diferencia la implantación del Renacimiento en Italia y en otros países. Dice que mientras que en el extranjero el cultivo de las cosas de la antigüedad era más bien hecho con un significado de erudición, en Italia, donde había florecido aquella antigüedad y en la cual quedaban aún los vestigios de

esa grandeza, el Renacimiento como cultura de la antigüedad se hizo no como erudición, sino por un verdadero sentimiento; y no por algunas personas dotadas especialmente, sino por todo el pueblo. De tal suerte, que esta cultura antigua, unida a varias otras instituciones, llegó a crear el espíritu moderno italiano.

En la época del Renacimiento, la imaginación fué muy superior al razonamiento. De manera que la nueva orientación se interesa particularmente por el elemento externo de la cultura antigua; se toman los medios por fin y se olvida muchas veces lo que es principal y accesorio. Lo que admiraron los italianos del Renacimiento, fué entonces la forma estética, la corrección en la expresión, la fuerza y la hermosura de la retórica, el arte de la métrica. Fué bastante más tarde que se hizo la obra de profundización. Pero es evidente que la obra del Renacimiento hizo que se considerara la belleza como un ideal absoluto y la estética placentera como la medida de la vida humana.

Tanto en el arte como en las letras, en los gobiernos y las costumbres se había vuelto a introducir el paganismo como la fuente elevada con sus seducciones; colocando lo bello en el altar, lo bello con exclusión de todo, inmolándose la verdad cuyo esplendor y manifestación debía ser. No conocieron, pues, las letras, la elevación ideal, y no se inquietaron para dar un noble objeto a los deseos y a la voluntad; fueron un juego en lugar de ser un culto. Los pinceles y el cincel perfeccionaron la forma descuidando la idea; la ciencia se limitó a admirar a los grandes genios de la antigüedad. Entonces es cuando León X dió una bula para proteger la edición del más inmortal poema; Clemente VII concedió privilegio a Antonio Baldo de Roma para imprimir todas las obras de Maquiavelo; abraza Julio II a Aretino, que le dedica la más inmoral de sus tra-

gedias. Las composiciones eran inmorales, obscenas y mortíferas. ¿Pero qué importaba? Eran bellas y eso bastaba, la imaginación se recreaba.

Este individualismo y esta admiración por las formas estéticas exteriores, ha legado a la posteridad hombres que personifican este desarrollo extraordinario de la individualidad. Encontramos los doctos multilaterales y universales. Es cierto que la ciencia en aquel entonces era de proporciones más reducidas que las actuales, pero no dejan de ser admirables esas exaltaciones de la individualidad. Y no se crea que eran las personas morales solamente las que se dedicaban a poseer un enorme caudal de ciencia y conocimientos. Nos basta citar, para confirmarlo, la erudición de Lucrecia Borgia, que a pesar de ser el vicio encarnado en un cuerpo de mujer, a temprana edad dominaba perfectamente las lenguas antiguas. Entre los hombres excepcionales se cita a León Bautista Alberti y a Leonardo da Vinci.

Este individualismo se manifiesta también en la política y en las relaciones del individuo con el gobierno. En la Edad media los vínculos sociales y familiares eran estrechísimos y estos vínculos eran cuidadosamente conservados. La herencia se mantenía siempre en la familia, los matrimonios se dificultaban no sólo entre personas de distintas ciudades, sino entre las de distintas clases sociales; de allí, pues, que hubiese una comunidad de intereses diferentes las unas de las otras.

Bruscamente el Renacimiento rompe esos vínculos y entonces queda el individuo solo para desenvolverse en la vida. En Italia esto se manifestó con una fuerza superior a la de los otros países; hasta diremos que en algunos países, mientras en Italia ya se había desarrollado el individualismo, no se conocía aún el valor de la personalidad.

Esto nos lo confirma la admiración de Comines cuando nos habla de la completa indiferencia en Italia sobre el nacimiento legítimo. En Francia, en Alemania, en España, etc., se prestaba gran atención a la legitimidad de las sucesiones y eran excluidos de herencia los bastardos. En Italia vemos que, por el contrario, reinan los bastardos; y ninguna diferencia presenta para los italianos el bastardo del legítimo; hasta los papas reconocían sus hijos naturales; y así debía ser, porque esa exaltación del individualismo nunca se detenía a considerar el origen del hombre, sino que consideraba al hombre en su actividad y luego establecía un juicio sobre él. Contemplemos, por ejemplo, el reino de Nápoles, y veremos que si el primer rey aragonés fué legítimo, el segundo rey de Nápoles, Ferrante, no era más que hijo natural de Alfonso de Aragón. ¿Qué mayor ilegitimidad del poder que la de Ludovico el Moro? En su origen los Sforza adquirieron Milán por la fuerza de las armas con Francisco Sforza, y Ludovico el Moro, no hizo sino usurpar el poder de su sobrino; y sin embargo los italianos admiraban a Ludovico el Moro, porque era una personificación de la estucia y de la habilidad políticas.

Los primeros que manifestaron esta individualidad exaltada fueron los tiranos y los *condottieri*, y después los poetas, los artistas, los cortesanos, etc. Este individualismo debía traer desde luego la creencia de su superioridad en cada individuo y también el amor a su libertad e independencia; Ludovico el Moro era prototipo en este sentido. Ya veremos cuando tratemos su actuación en Milán, que él no consideraba a los reyes o emperadores como superiores o iguales a él, sino como subalternos; por ejemplo, en 1496 se vanagloriaba de que el rey de Francia era su correo, que debía ir y venir a su antojo; que Venecia no era más que su canciller; el emperador Maximiliano su jefe

de tropas, y por fin, el Papa, su capellán. Consideremos ahora a Dante, que cuando se le ofreció volver a Florencia en condiciones deshonrosas, contestó : « ¡No puedo yo contemplar ya la luz del sol y de las estrellas? ¡No puedo yo meditar las más altas verdades sin presentarme para ello obscuramente, vituperosamente frente a mi pueblo y a mi ciudad? »

Se ve, pues, que los grandes jefes y eminencias literarias y artísticas representaban este individualismo. Pero no son ellos los únicos; el pueblo también no estuvo exento de estas influencias y cada uno tenía cierta idea de su personalidad, sin hablar de los que pasaron su vida en conjuraciones y continuas revueltas; los hubo que, encerrados en su casa, dedicáronse puramente a la vida privada, manteniendo y conservando así su independencia. Por eso no es osado el afirmar que fué bajo la influencia de estas ideas y también por la de la tiranía que en los siglos XIV y XV se formasen los hombres privados, indiferentes a la política y dedicados por entero a sus ocupaciones.

Estos caracteres individuales trajeron como consecuencia continuas revueltas; cada hombre que llegaba a dominar un grupo sentía la tentación de adquirir el poder — como ya lo dijimos al hablar de los tiranos — los *condottieri* fueron siempre su más constante preocupación y temor, debido a que del mando de simples jefes de tropas, aspiraban al mando de un pueblo.

Posiblemente fué éste el lado pésimo del individualismo, si tenemos en cuenta los trastornos que acarreó a la península. Pero si el individualismo ha tenido sus malas consecuencias, también las ha tenido excelentes. A él le debemos todos esos artistas y literatos que aun hoy continúan asombrando a la humanidad. El individualismo, unido al culto de la antigüedad, fué el que introdujo esos ge-